

Cultura y sociedad en El Salvador

Las únicas tradiciones que se mantienen vivas son aquellas que cambian con los cambios de las situaciones.

J. Habermas.

Los individuos humanos, para sobrevivir y para realizarnos como tales, necesitamos de un espacio social —constituido básicamente por los ámbitos de la familia, la escuela y el trabajo—, que no sólo nos *proporciona medios materiales* para desenvolvemos socialmente, sino que nos impone límites y condicionamientos, también materiales, que encauzan buena parte de nuestra vida por derroteros que muchas veces no son los queridos por nosotros. Este uno de los dramas ineludibles de la condición humana: hacer cosas porque la sociedad lo hace posible —entre ellas está el hacer la propia humanidad de cada uno—, pero hacerlas, la mayor parte de las veces, en un sentido y en una dirección ajenas a la propia voluntad.

Y, por supuesto, si bien es cierto que no existe ser humano que pueda escapar a esta doble dinámica posibilitada por la sociedad, también es cierto que no todos los individuos se ven afectados del mismo modo por ella. Las sociedades contemporáneas son sociedades divididas en una pluralidad de segmentos —entre los cuales, las divisiones de clase y las divisiones étnicas son, aunque no las únicas, las más notorias y las que caracterizan a la mayor parte de las sociedades de nuestro tiempo—, los cuales se corresponden con niveles de acceso desigual a los medios materiales que puede proporcionar una sociedad para la realización humana de sus miembros.

Asimismo, los límites y condicionamientos impuestos por la sociedad no afectan del mismo modo a todos los individuos que la constituyen: quienes, en razón de su lugar en la estructura socio-económica, de su raza o sexo, se ven menos favorecidos en el acceso a los recursos materiales de la sociedad son los que más resienten los límites y condicionamientos sociales para realizarse humanamente, es decir, para alcanzar aquellos niveles necesarios de *autonomía personal* que les permitan reivindicar la capacidad de opción sin la cual no se puede hablar cabalmente de humanidad en un hombre.

Hasta aquí nos hemos referido, muy esquemáticamente por cierto, a la sociedad como proveedora de recursos materiales, sin los cuales la sobrevivencia de los individuos humanos no sería posible. Pero la sociedad también provee a sus miembros con *recursos simbólicos*, que constituyen ese espacio difícil de definir, que es *el espacio cultural*.

Hay ciertamente muchas formas de abordar el problema de la cultura. En estas notas preferimos entenderla no como algo *institucional objetivo* —es decir, no como un momento de la superestructura de la sociedad, en la terminología marxista—, sino como una *red de construcciones simbólicas*, en la cual se entretajan la vida subjetiva de los individuos, así como las relaciones intersubjetivas que éstos establecen entre sí. Dicho de otro modo,

la cultura puede ser pensada como una construcción simbólica de la realidad social (P. Berger y Th. Luckmann) desde la cual los individuos y los grupos orientan y dan sentido a su vida cotidiana.

De este modo, todos los miembros de una sociedad determinada viven, interactúan entre sí y se orientan en el espacio cultural que corresponde a esa sociedad. Ahora bien, se trata de un espacio cultural —de un “universo simbólico”—, que no es ni homogéneo ni es asumido del mismo modo por los diferentes actores sociales.

El espacio cultural no es homogéneo porque las expresiones simbólicas de una sociedad son diversas y plurales, por más que una de ellas se pueda considerar “dominante” o “hegemónica”. Ciertamente, hay patrones culturales característicos en una sociedad —por más que su definición sea sumamente difícil— que permiten, hasta cierto punto, distinguirla de otra, como cuando hablamos de “salvadoreñidad” o “mexicanidad”. Pero en esos casos, como en otros que podrían traerse a cuenta, lo que entra en juego es una diversidad de *modos de ser* grupales e individuales, que serán más ricos en cuanto más afianzados estén en las tradiciones simbólicas de sus respectivas sociedades y en tanto mejor expresen una “actualización” y “confrontación” de esas tradiciones con el quehacer cultural contemporáneo.

Asimismo, los diversos actores sociales no asumen de la misma manera el espacio cultural del cual participan, al mismo tiempo que recrean y construyen. Esto es así por una razón fundamental: las sociedades son heterogéneas no sólo por la segmentación a que puede dar lugar la desigual distribución de las riquezas y el poder —y hasta ahora no hay sociedades en las cuales esta desigualdad haya desaparecido totalmente, por más que en algunas se haya vuelto menos grave—, sino por el desigual acceso que tienen los individuos y los grupos —en buena medida, por la segmentación socio-económica y por la heterogeneidad a que la misma da lugar— a los bienes simbólico-culturales.

Es decir, en una sociedad determinada, todos los individuos participan del espacio cultural, pero no lo hacen de la misma manera. Cuanto más dividida y segmentada sea una sociedad —por razones socio-económicas o por razones étnicas— más desigual será la “distribución de los bienes culturales” y más diverso y plural —aunque no necesari-

amente más rico— será su “universo simbólico”.

Un diagnóstico socio-económico de la sociedad salvadoreña actual no puede obviar la segmentación que la caracteriza y que, en su conjunto, caracteriza a las sociedades latinoamericanas. Para El Salvador vale lo que Norbert Lechner ha escrito para América Latina: “la liberalización de los mercados, la apertura del comercio exterior, la reducción del gasto fiscal y la privatización de las empresas públicas, provocan una drástica desorganización de la vida social; junto a la acelerada globalización de los circuitos comerciales y financieros, estilos de vida y ámbitos culturales tienen lugar en un acentuado proceso de segmentación de cada sociedad. En nuestra región las dinámicas de la economía capitalista de mercado se imponen brutalmente, apenas amortiguadas por mecanismos compensatorios y sistemas de seguridad social. Los lazos afectivos y las formas simbólicas de comunidad se disgregan” (“La problemática invocación de la sociedad civil”, *Espacios. Revista centroamericana de cultura política*, No. 4, junio de 1995, p. 59).

En El Salvador de los años noventa —y trayendo a cuenta una tesis sociológica clásica— cabe preguntarse si no estamos ante un grave problema de *integración social* que se expresa, entre otros indicadores, en la segregación educativa y socio-laboral de sectores importantes de la población, entre quienes la juventud ocupa un lugar de primera magnitud. Justamente, uno de los rasgos más sobresalientes de El Salvador de la postguerra lo constituye la juventud marginal, que se ve forzada a sobrevivir violentando el orden social del cual ha sido excluida con no menos violencia.

Por lo demás, no cabe duda de que tanto la marginalización de la juventud como la juventud marginal no constituyen fenómenos nuevos ni recientes en nuestro país. Si por algo se han caracterizado históricamente las estructuras socio-laborales y educativas salvadoreñas es precisamente por su tendencia estructural a excluir a la juventud de la formación y los beneficios a los cuales tiene derecho como seres humanos y como ciudadanos (“El problema de las maras”. *El Salvador. Proceso*, No. 676, septiembre de 1995, p. 2). Asimismo, ello explica, en buena medida, por qué los jóvenes han estado en el centro de los principales movimientos socio-políticos del país a lo largo de este siglo. El inconformismo juvenil tuvo mucho que ver en esos movimientos de protesta, pero el mismo se vio alentado y justificado por la exclusión que muchos

de los inconformes vivieron en carne propia.

El Salvador de la postguerra está montado sobre unas estructuras socio-económicas que generan dinamis-mos marginalizadores de la juventud, pero esta juventud —obviamente— no sólo no es la misma de de las últimas tres décadas, sino que el horizonte de sus demandas es cualitativamente distinto. En efecto, si en lo esencial la juventud marginal de la preguerra vehiculizó sus demandas a través de la organización político-revolucionaria —porque creía en la posibilidad de un futuro mejor que sería realidad, a través de la revolución, en el socialismo—, la juventud marginal de la postguerra lo hace a través de la organización en maras —pero no *cree* ni en la revolución ni en el socialismo ni en un futuro mejor.

Así, las maras no sólo constituyen una manifestación de un grave e irresuelto problema de integración social en el país, sino que son expresión de una importante y novedosa mutación cultural que se está operando en la juventud marginal. Esta juventud no está demandado una cuota de poder político —si así fuera, no habría mayor novedad—, sino un *espacio territorial propio*, en el cual poder reivindicar su propia identidad grupal e individual. En otras palabras, no se trata de comprometerse con cambios políticos o económicos de gran envergadura, sino de una *demanda de reconocimiento del propio estilo de vida*, situado en los márgenes de la sociedad no por elección propia, sino por la segregación a que dan lugar las estructuras socio-económicas del país (*ibid.*, p. 3).

El Salvador de los años noventa está en pleno proceso de transición hacia la democracia. Este proceso tiene un eje político que ciertamente es el que predomina: la democratización significa, ante todo, la superación del sistema político autoritario, vigente en El Salvador hasta el golpe de Estado de octubre de 1979. En los acuerdos de paz están plasmadas las líneas maestras para la construcción del orden democrático. Con los acuerdos de paz, los principales actores socio-políticos del país han aceptado que la competencia electoral, el pluralismo ideológico y el consenso político constituyen elementos cruciales para una convivencia más civilizada entre los salvadoreños. Es decir, los principales actores socio-políticos han aceptado que la



democracia es mejor que el autoritarismo.

Pero se entiende, la democracia política. No la democracia social, que como tal no fue tratada con el detalle y la profundidad merecida en los acuerdos de paz. Las razones para ello no vienen al caso, sino únicamente la constatación de un vacío que, de no ser llenado, amenaza con obstaculizar la consolidación del proceso de democratización política.

Ciertamente, los vínculos entre democracia política y democracia social son problemáticos no sólo a nivel teórico, sino también a nivel empírico. Y ello porque los requisitos de una y otra son distintos. Mientras que la democracia política se juega, entre otras cosas, en el respeto a las reglas del consenso, la competencia, la mayoría, la minoría, el control, la legalidad y la responsabilidad (L. A. González, "Representación política y democracia", *ECA*, 1994, 552, pp. 1107-1110), la democracia social se juega fundamentalmente en el ámbito de la economía, es decir, en la disponibilidad de recursos que posea la sociedad y en el modo cómo éstos están distribuidos.

¿Cómo se relacionan ambas esferas? Pues lo hacen justamente en el punto de la distribución o redistribución de la riqueza, que es indudablemente un asunto político, pero es también un asunto económico. Una de las mejores formulaciones de esta idea es la que hace Giovanni Sartori cuando dice que "la economía está destinada a producir riqueza. La política se dedica, en concreto, a la distribución o redistribución de la riqueza. Y son las distribuciones las que pueden ser declaradas de derecha o de izquierda. Pero, en todo caso, la política puede distribuir riqueza solamente si la economía

la produce. Si la economía no funciona, la política ya no tiene nada que redistribuir y acaba por distribuir pobreza... Si primero no se tiene qué comer, sólo se puede dividir el hambre. Y no es una solución apetecible" (*La democracia después del comunismo*, Madrid, 1993, pp. 97-98).

En otras palabras, la democracia política —en cuanto que es el único modo que poseen las sociedades modernas para distribuir y redistribuir el poder y la riqueza— es una condición irrenunciable para la democracia social, pero no basta con ello, ya que también se requiere, para la vigencia de esta última, que la sociedad posea un nivel de productividad adecuado capaz de generar los recursos que puedan ser distribuidos o redistribuidos. Y esa productividad se mide con criterios estrictamente técnico-económicos, siendo el mercado —como dice Sartori— el criterio regulador. "En tal caso el límite entre la buena y la mala economía es establecido por la competencia: quien permanece sometido a las reglas competitivas está dentro de la economía, quien las viola se sale de la economía" (*ibid.*, p. 98).

Al igual que el crecimiento económico no conduce por sí mismo a una distribución o redistribución de la riqueza —asunto que, como hemos visto, es competencia de la política— tampoco la democracia política conduce inexorablemente a la democracia social. Y ello puede deberse no sólo a razones técnico-económicas, esto es, a la incapacidad del aparato productivo para generar los niveles de riqueza suficientes, sino dónde —dando por

descontada esa productividad— está puesto el acento de la democracia política: en la *igualdad*, a lo cual sería más proclive una gestión política de izquierda, o bien en la *libertad*, a lo que sería más proclive una gestión política de derecha, (N. Bobbio, *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Madrid, 1995).

Como quiera que sea, el problema de las sociedades contemporáneas, particularmente de aquellas que —aunque se encuentren insertas en un proceso de transición hacia la democracia (política)— acusan mayores déficits de democracia social —por ejemplo, graves desigualdades económico-sociales y desintegración social y cultural— estriba en cómo fortalecer sus aparatos productivos y en cómo hacer que los logros que se vayan alcanzando en ese proceso se traduzcan en mayores niveles de justicia y equidad.

Es decir, el problema es cómo conciliar economía y política, democracia política y democracia social, sabiendo que una y otra no marchan siempre de la mano, pero que si se quieren sociedades más estables y menos conflictivas, a la par que menos excluyentes, es preciso lograr el fortalecimiento recíproco de ambas. El Salvador de los noventa no es ajeno a este desafío. Para enfrentarlo hay que estar abiertos a las novedades de la historia y estar dispuestos a dejar atrás viejos dogmas y esquemas trasnochados.

Luis Armando González